

piritus rebeldes es la invocacion cordial del nombre de Maria, al cual no pueden resistirse acordándose siempre de la vara que los afrentó, de la mano que los refrenó, y de la jornada en que quedaron derrotados irremediablemente. Tenemos un ejemplo memorable de esto en la vida de santo Domingo. Cuando el enemigo de los hombres empezó á sentir el estrago que le causaban en todas partes los hijos de este insigne siervo de Dios y de Maria, los embistió tan reciamente por sí y por los suyos, en especial en París, que á los unos les parecia tener la cabeza ardiendo, á los otros que veian delante dragones vomitando llamas y otros diferentes animales acometiéndoles con cuernos. Asi aquellos espectros quitaban el sueño á los mas y la tranquilidad del ánimo á todos. El permiso que Dios concedió á los espiritus malos, llegó hasta el punto de apoderarse de sus cuerpos y atormentarlos visiblemente. Esto duró hasta que se instituyeron en toda la órden procesiones y preces públicas á Dios y á su santa madre, á quien se cantaba todos los dias la salve; antifona que le agradó tanto, que al punto cesaron las porfiadas persecuciones de los espiritus malignos y fueron ahuyentados todos los que habian entrado en los cuerpos. Lo mas notable fué la incomparable bondad con que se dignó de asistir cuando los religiosos cantaban la salve, porque algunos advirtieron que al entonar en el coro las palabras *o dulcis virgo Maria* ella bajaba cariñosamente la cabeza como para saludarlos á todos, y en cuanto se retiraban, se remontaba otra vez hácia el cielo.

XI. Me parece que no queda ya que decir mas que dos palabras para consuelo de aquellos que quisieran saber tal vez cómo han sido tan abatidos y debilitados los demonios, cuando vemos diariamente los estragos que hacen no solo derribando á los mas alentados, sino conquistando las provincias y los reinos y sujetándolos á sus leyes. Hace mas de mil y doscientos años que res-

pondió S. Agustin á esta misma objecion (1) diciendo en primer lugar que acaso se detendrian los que la hacen, si hubieran visto cómo aquellos espiritus desenfrenados trataban y gobernaban el mundo antes de la venida del Salvador. Pero si les parece que aun tienen demasiado poder, recuerden que esa es mas bien una prueba de nuestro poco ánimo que de su gran fortaleza. «El diablo, dice el santo doctor, es un alano encadenado, que puede ladrar desde lejos y enseñar los dientes; pero no morder si uno no se acerca á él.» Acuérdense que guarda la entrada de los tesoros, que está oculto bajo de las sombrías parras de los deleites mundanos y que acecha á los que tratan de encaramarse á los altísimos montes de la ambicion. Si cuando nos acercamos para cavar debajo de sus pies y acometerle en su terreno, recibimos algun golpe de sus garras ó alguna dentellada; ¿de quién deberemos de quejarnos mas que de nosotros mismos, que adrede vamos á buscarle? Huyamos de esas ocasiones peligrosas; alejémonos de su guarida; mantengámonos cerca de la que le derribó y venció; y no solo nos burlaremos de sus alaridos, sino que tomaremos parte en las victorias de esta señora y bendeciremos eternamente á los que redujeron nuestro enemigo á tal estado.

S. VIII.—Segunda victoria ganada por la madre de Dios á los mágicos, hechiceros y otros tales enemigos de su hijo y suyos.

I. Cuando un valiente capitán ha roto la vanguardia del ejército enemigo y derrotado al primer escuadrón, que por lo comun se compone de los soldados mas esforzados y generosos, los que vienen detrás, no viendo sino montones de cadáveres y arroyos de sangre se amedren-

(1) Serm. 477 de tempore.

tan y tratan de ponerse en salvo. En esto deberian de pensar los mágicos, los hechiceros y otros tales satélites de Satanás, que componen el segundo escuadron de los enemigos del Salvador y de su madre, porque si los príncipes de las tinieblas, á quienes adoran como á sus dioses, no pudieron resistir el primer asalto, ni aun sufrir el brillo de las armas de nuestra celestial guerrera, ¿qué piensan hacer ellos y cómo se atreven á defenderse? Las liebres no se asustan mas cuando oyen la corneta del cazador, ni los habitantes de las selvas se espantan mas con el rugido del leon, que esas aves nocturnas y de mal agüero con solo que resuene en sus oidos el nombre de María. Al escuchar las blasfemias é improprios sin cuento que vomitan contra Dios, contra el Salvador y contra la Virgen santísima, no parece sino que van á escalar el cielo y que despues de sus infames conventículos deben de trastornar el mundo; no obstante si divisan siquiera la sombra de la vara de María, todos huyen como desesperados, no encuentran terreno que pisar, ni guaridas donde esconderse: tanto es lo que se precipitan y se empujan unos á otros para no presentarse delante de ella.

II. ¡Cuántas veces cuando estaban congregados para concebir la injusticia y parir la iniquidad, introdujo María el terror en sus sacrilegas juntas y los ahuyentó por acá y acullá! ¡Cuántas veces los cegó para que tomaran resoluciones contrarias á sus planes y capaces de perderlos! ¡Cuántas veces los obligó á delatarse unos á otros y descubrir los misterios de impiedad que habian proyectado! ¡Cuántas veces desvió de las cabezas inocentes los dañosos efectos de sus maleficios! ¡Cuántas veces hizo reventar sus minas y les deparó su propia ruina donde creian causar la de otros! ¡Cuántas veces los obligó á atar con sus manos los haces que estaban destinados para su hoguera, y á atizar el fuego que iba á reducirlos á cen-

zas! ¡Cuántas veces sacó de sus bocas impias las máximas pestilentes de su fatal estado y las misteriosas cábalas de sus consejos! ¡Cuántas veces desbarató sus arterias, burló sus suertes, dispó sus encantos y atajó sus perniciosas maquinaciones! ¡Cuántas veces, cuando creian hacer maravillas y tenian por seguro el buen éxito de sus empresas, las vieron frustradas y convertidas en su propio daño! Todo esto seria fácil confirmarlo con ejemplos y con testimonios de sus propias confesiones; pero no quiero profanar este tratado con la relacion de los atroces delitos de esos demonios encarnados, ni sacar á luz lo que debe de quedar sepultado en perpétuas tinieblas.

III. Es notable á este intento la historia de S. Cipriano de Antioquia, diferente del ilustre mártir y obispo de Cartago del mismo nombre. Refiérela S. Gregorio Nazianceno en la homilia de los santos Cipriano y Justina, cuya memoria venera la iglesia el dia 26 de setiembre. Habia en la ciudad de Antioquia un mancebo disoluto tan frenéticamente apasionado de la casta virgen Justina, que resolvió disfrutarla á toda costa. Como se le hubiesen frustrado los demás medios, recurrió al célebre mágico Cipriano, el cual deseoso de servirle apuró toda la industria de su arte infernal. Justina por otro lado sintiéndose abrasada de nuevo fuego empleó el ayuno, la mortificacion y la oracion, y especialmente acudió á la virgen de las vírgenes y guardadora de la castidad, la cual no obstante los reiterados pactos de Cipriano, contrarió sus planes y obligó á los demonios á confesar su impotencia. Cipriano de resultas se convirtió de impio mágico en mártir glorioso de Jesucristo por la intercesion de santa Justina. Esta es la razon por que nuestra madre la iglesia bien informada del poder de la Virgen la implora tan fervientemente cuando trabaja para romper los contratos ajustados con el infierno, llamándola con este motivo la destructora de los encantos y de los maleficios, al

paso que los infelices mágicos aguzan contra ella como contra su capital enemiga el hacha de sus proyectos nefandos.

IV. Mas así como en lo antiguo el principal honor de las batallas consistia en el rico botin que un general hacia á su enemigo derrotándole por si mismo, así el punto mas alto de las victorias de la madre de Dios consiste en los preciosos despojos que ha ganado á la mágia dándole muerte en la persona de algunos de sus capitanes, y sacando de las manos mismas de Satanás los rehenes de su perfidia con grandísimo perjuicio de ellos, eterna infamia del sortilegio y confusion irreparable del infierno. Toda la antigüedad apreció el memorable ejemplo de Teófilo referido por Eutiquiano, patriarca de Constantinopla, amigo íntimo de aquel y testigo ocular del suceso: despues de él le citaron Metafrasta, Pedro Damiano, Honorio, obispo de Autun, S. Antonino de Florencia y otros varios autores graves. Teófilo fué un eclésiástico tan acreditado bajo el imperio de Justiniano, que se le juzgó digno de la mitra; pero no habiendo querido consentir en su eleccion fué nombrado arcediano mayor de la iglesia de Adana en Cilicia. Como nunca faltan malas voluntades á los hombres de bien, al poco tiempo fué acusado de malversacion en su arcedianato y depuesto ignominiosamente. El enemigo que no duerme jamás, se prevaleció de esta ocasion y le puso delante un viejo hechicero judío, el cual con sus encantos le hizo consentir en tomar venganza del agravio recibido y obligarse por una cédula firmada de su puño á entregarse á Satanás, que se le habia aparecido visiblemente. El infeliz que habia adelantado tanto en el camino de la perdicion, sintió vivísimos remordimientos de conciencia por haber abandonado cobardemente á Dios y á la Virgen su madre. Ya no podia sufrir aquel cruel tormento; pero ¿qué hará en tal apuro? ¿A quién se encomendará? ¿De quién esperará mi-

sericordia? ¿De la beatísima Trinidad? ¡Ah! Ha renegado vergonzosamente de ella. ¿Del Salvador de las almas crucificado por los pecadores? Ha conculcado su preciosa sangre y renunciado los frutos de su pasion. ¿De los santos? Los ha despreciado. ¿De la Virgen? Le ha vuelto la espalda. Sin embargo recurre á este único asilo acordándose de las inestimables misericordias de nuestra señora publicadas por tantos escritores y experimentadas por infinitas personas. Con el corazon angustiado se dirige á una capilla de la madre de bondad, y postrado en tierra ante una imágen suya le dice estas palabras: Benditísima señora, defensa de nuestro linaje, puerto y refugio seguro de los que recurren á tí, confieso que te he ofendido grandemente y á tu muy amado hijo y que soy indigno de perdon. No obstante por esta humilde confesion de mi deslealtad y por tu propia misericordia te suplico me presentes á tu hijo y no aborrezcas á un desgraciado, que ha sido engañado miserablemente por el enemigo comun, y á quien no queda ya mas esperanza de salvacion que tú sola, porque sé muy bien, oh santa señora, que fuera de tí no puedo encontrarla y que si me rechazas, debo de hacer cuenta que estoy perdido. Mas pues no has despreciado nunca los ruegos de un corazon contrito, ni dado repulsa al pecador penitente, te suplico por todos los testimonios antiguos y modernos de tus grandes misericordias que no despidas al que te promete delante de Dios no olvidarte nunca, ni abandonar tu servicio por ninguna cosa en el mundo. Esto lo dijo por espacio de cuarenta dias, pegado el rostro contra el suelo y con tantas lágrimas, suspiros y sollozos que las entrañas de la madre de bondad no pudieron ya resistir mas tiempo sin manifestar al humilde penitente que sus súplicas habian sido oidas. En efecto al dia cuadragésimo como continuase en la misma postura y con las mismas instancias, de pronto vió delante el papel que habia entregado al

diablo, y á poco fué reconciliado por su obispo con la iglesia y con Dios. Y como la Virgen no hace nunca nada á medias, recibió desde entonces bajo su proteccion á aquel hombre en tales términos, que acumulando virtud sobre virtud y gracia sobre gracia mereció por su vida ejemplar ser agregado al catálogo de los santos: la iglesia le venera el día 4 de febrero. Esta victoria no es única en su género. Léese otra casi igual en la historia de Loreto, otra en la de la orden de predicadores y en otros varios libros, que podrá registrar fácilmente el curioso lector. Baste esta para testimonio irrecusable del poder de la madre de Dios, quien le ostenta con mas gusto, cuanto que ya unido á la manifestacion de su singular bondad, convida á los pecadores á llegarse á ella con toda confianza, nos descubre los frutos de la verdadera penitencia, y nos hace ver á dónde nos precipitan nuestras pasiones cuando las dejamos correr á rienda suelta.

S. IX.—Tercera victoria alcanzada por la madre de Dios de los herejes (enemigos de su hijo y suyos).

I. (1) Los santos padres han reconocido unánimes que Maria habia sido elegida muy particularmente por Dios para combatir y exterminar las herejias. Hace mil y trescientos años que S. Atanasio la llamaba la ruina de todas las herejias (2). S. Cirilo de Alejandria en la homilia que compuso contra el impio Nestorio, la apellidaba la vara de la recta creencia contra las herejias. Sofronio (3), S. Bernardo (4) y el abad

(1) Véase la adición de la madre Maria Jacoba de Blemur, que va puesta al fin del tomo en la nota F. (2) Serm. de S. Deipara. (3) Serm. 4 de Assumpt. (4) Serm. in Signum ma-

Ruperto (1) convienen en decir que ella sola destruyó todas las herejias. Bien podian darle este elogio, porque la iglesia canta lo mismo.

II. No obstante esta conformidad de los santos padres no dejó de recelar que ese glorioso titulo dado tan particularmente á la Virgen Maria con exclusion de cualquier otra criatura, detenga á algun espíritu quixotilloso, que teniendo presente las singulares proezas de muchos héroes cristianos en defensa de la religion pudiera decir: ¿Qué! ¿No se tienen en nada el zelo sin igual de S. Atanasio para perseguir á los arrianos; su paciencia incontrastable para sufrir agravios, insultos y afrentas; el largo y continuado martirio que padeció con este motivo? Los sabios escritos de S. Ireneo, de Tertuliano y de S. Epifanio ¿no aprovecharon nada? ¿Para nada trabajó tanto S. Hilario contra los arrianos? ¿Para nada se fatigó tanto S. Gerónimo á fin de impugnar á Joviniano, á Vigilancio y á otros muchos? ¿Para nada se afaná S. Agustin en combatir á los donatistas, maniqueos, pelagianos y otros enemigos tales de la verdad? ¿Será preciso pues derribar los trofeos y enterrar las memorias de tantos sabios escritores y valerosos campeones, que defendieron la causa de Dios y de la iglesia con heróicos sacrificios? Despacio, espíritu apocado: aqui no se trata de eso, sino antes bien de conservarles el honor merecido y sin rebajar en nada sus distinguidas hazañas manifestar cómo la gloria de ellas se debe singularmente á Maria.

III. ¿Será tal vez en consideracion de la eleccion que Dios hizo de ella al principio del mundo oponiéndola á la antigua serpiente y á su prole espiritual, es decir, los hijos de Dios á la semilla de aquel desventu-

(1) Lib. 4 in Cant.